

en órden, partió para España y dirigióse á SU CIUDAD, llamada Gerona: *profectus est ad civitatem suam, quæ vocatur Gerunda.*

Con lo dicho creemos perfectamente justificada nuestra opinión acerca de la patria y obispado de San Narciso, en lo que nos proponemos solamente vindicar para Gerona una gloria que otras ciudades han querido disputarnos, aunque todo ello no alcance mayor autoridad que la de simples conjeturas; con lo que ponemos fin á este capítulo, dejando en este punto la cuestión, para entrar en el exámen de otros particulares no menos controvertidos é interesantes.



CAPITULO III

Primera misión de San Narciso

A los que han escrito los hechos de San Narciso durante el dudoso período de sus primeros tiempos, no ha parecido natural y conforme que el celo apostólico del santo Mártir pudiese quedar satisfecho con ejercer su misión evangélica solamente en la ciudad de Gerona y su comarca, cuyo número de habitantes era relativamente limitado en aquella época; y consecuentes con ese modo de sentir, no enteramente destituido de fundamento, hanse echado á formar conjeturas acerca de posibles viajes del Santo hácia las partes occidentales de España.

Parécenos que el principal motivo de esas conjeturas estriba en la noticia que dan algunas crónicas más ó menos autorizadas de la estancia de San Narciso en las ciudades de Braga y Santarém (Lusitania, ó Portugal), llegando algunos á suponerle obispo de las mismas: y muévenos á pensar de ese modo

la circunstancia de notarse que todos los autores que así discurren han sacado aquella noticia de idéntica fuente, puesto que lo dicen en términos enteramente semejantes y apoyándose al parecer, en iguales datos. El P. Roig y Jalpí (1) opina que San Narciso recorrió, acompañado de su diácono Félix, los territorios que han formado más tarde los reinos de Aragón y Castilla, entrando por Galicia á Portugal y predicando en su peregrinación la fé cristiana á aquellos pueblos, entre los cuales dice que cosechó notables y preciosos frutos de su misión evangélica; pero no cita en apoyo de su afirmación autoridad alguna que pueda justificarla, debiendo por lo mismo atribuirse el viaje del Santo á puro celo por la gloria de Dios y conversión de las gentes á la fé de Jesucristo. En cambio, el P. Relles parece no contentarse con esos levantados motivos y, sin desechar la opinión del P. Roig, trata de buscar en otras circunstancias el motivo de la marcha de San Narciso hácia las partes occidentales de la península ibérica. (2) Recuerda á propósito que Eusebio de Cesarea refiere una impetuosa irrupción de los Germanos hácia la mitad del siglo III, en la que aquellas feroces gentes entraron en España

(1) *Resúmen Historial*, part. I, cap. 7.

(2) *Hist. apol.* de San Narciso, lib. 1, cap. VIII.

por el Rosellon talando campos y saqueando pueblos, hasta llegar á la ciudad de Tarragona que cayó en poder de sus bárbaras huestes y quedó destruída, lo propio que otras poblaciones de esta parte oriental de España. (1) Claro es que Gerona sufriría también los males de aquella terrible invasión de enemigos del Imperio romano, y á juzgar por lo que cuenta Paulo Orosio en el lugar ya citado, es de creer que este territorio quedaría casi despoblado, expulsados sus moradores y sembrado todo de ruinas y desolación; circunstancias que parecen salir efectivamente en apoyo de la conjetura del P. Relles.

Según los citados autores y otros que menciona Pujades, (2) esta invasión fué combatida en primer término por los naturales del país durante algunos años, en los cuales sobrevino el alzamiento sucesivo de los *treinta tiranos* que pusieron en grave aprieto al Imperio romano y que fueron definitivamente vencidos en el año 277 ó 278 de Cristo por el emperador Aureliano, quien, habiendo sojuzgado á los partidarios de Tetrico que combatían en las comarcas de Cataluña,

(1) *Germani Hispaniam tenentibus, Tarraco expugnata est.* (Eusebio).—*Germani ultores abrasa potiuntur Hispania.* (Paulo Orosio, lib. 7. *De Oct. persecut.*)

(2) *Crónica universal de Cataluña*, tom, III, lib. 4.º, capítulos LXI y LXIV.

obligó al mismo tiempo á los Germanos á repasar el Pirineo y volverse á Francia por los montes de Andorra, con lo que se vió esta tierra libre de los males de aquella tremenda irrupción.

Cómo y cuándo regresó San Narciso á Gerona, después de restablecida la calma tras un período agitadísimo de doce años, no lo dicen los historiadores que de estos hechos han tratado; pero, de documentos y testimonios muy autorizados parece racionalmente colegirse que, como principal motivo, llamaría al santo Obispo su ardiente celo por el bien de la grey cristiana en su amada patria, víctima otra vez de nueva y sangrienta persecución. Porque es de notar que, según algunos historiadores, el emperador Aureliano que á veces demostró cierta benignidad hácia los hijos del naciente cristianismo, manchó luego los laureles alcanzados en brillantes victorias sobre los enemigos de Roma, con la horrible persecución que levantó contra la Iglesia en los seis años escasos de su permanencia al frente del Imperio. Y aunque parece que en esta nueva época de muerte y exterminio no sufrieron los cristianos de Gerona como en la siguiente persecución promovida por Diocleciano, de que más adelante hablaremos, puesto que no se tiene noticia de ningún martirio ni hecho notable de la misma, con todo es enteramente

lógico y puesto en razón pensar que el Pastor vigilantísimo se apresuraría á regresar á su patria para sostener la fé de sus atribuladas ovejas y ampararlas y protegerlas de la nueva tempestad que amenazaba desencadenarse con inaudito furor.

Opinan otros autores que esta persecución no llegó á realizarse y que no pasó de un maligno intento concebido por aquel belicoso emperador, y aun añade Eusebio en su *Historia de la Iglesia* (1) que el cielo le contuvo inutilizándole la mano al tiempo que iba á firmar el edicto; lo que parecería venir en abono de la indicada carencia de noticias de tal calamidad en estas tierras. Por donde se echa de ver cuán equivocados andan los que, como Tamayo de Salazar y otros, han pretendido que el martirio de San Narciso acaeció en la época de que venimos hablando; pero de este particular trataremos más adelante en su lugar oportuno. Y de todos modos, ya fuese esa persecución de Aureliano sangrienta como la pintan San Antonio de Florencia, Harman Schadel, Morales, Beuter, Pons de Icart, Pujades y otros, ó bien fuese frustrada como queda dicho, es de pensar que nuestro santo Obispo no permanecería inactivo en tan críticas circunstancias, sino que se ocuparía con asíduo em-

(1) Lib. VII, cap. 30.

peño en preparar el terreno para los acontecimientos que iban precipitándose y prevenir la conveniente defensa contra los males que, como nube tempestuosa, se cernían ya en el lejano horizonte; en tanto que la divina Providencia le destinaba para realizar en otros países importantísima misión.

Estas consideraciones nos llevan como por la mano á mencionar aquí un notable documento, al que es posible nos veamos precisados á recurrir otras veces en el decurso de esta narración. Nos referimos á un *Compendio* de la vida de San Narciso, hallado en el archivo del célebre monasterio de San Udalrico y Santa Afra de la referida ciudad de Augusta, escrito, según todas las probabilidades, durante el siglo XI y del cual poseía el P. Relles una copia autorizada por Jorje Fauler, notario eclesiástico de Augusta, y legalizada por el Secretario cancelario del reverendísimo Obispo de aquella ciudad, con fecha 13 de Agosto de 1624. El curioso lector podrá verla en la citada *Historia Apologética* (1) y también en la *Colección* de los continuadores del P. Juan Bolando al día 18 de Marzo. Está escrita en latín, y de ella vamos á traducir solamente los párrafos referentes al punto que estamos tratando y dicen así:

(1) Lib. 2.º, cap. XX.

“En la España occidental, en la ciudad de Gerona, levantóse cruel tempestad contra los cristianos, y todos sus moradores veíanse forzados á sacrificar á los ídolos por mandato de los impíos emperadores Diocleciano y Maximiano.

“Hallábase entonces en la propia ciudad un santísimo obispo llamado Narciso, á quien podemos apellidar en nuestro idioma hermosísima flor, varón nobilísimo y muy bien cimentado en la fé cristiana, quien, al encenderse la persecución, procuró fortalecer en la fé de Jesucristo al pueblo que se le había confiado, exhortándole á menospreciar la furia de los perseguidores, con estas persuasivas palabras:

“Hermanos carísimos: Permaneced constantes en la fé de nuestro señor Jesucristo y no os amedrente la rabia de los perseguidores, que pronto se disipará como humo y al punto experimentaréis el auxilio y consuelo del Señor. No recibirá la corona del triunfo sino aquel que debidamente hubiere combatido. Dichoso el que resiste á la tentación, que, una vez probado, recibirá la corona de vida eterna. Nada son las tribulaciones de esta vida comparadas con la gloria que les aguarda; y así los que quieran piamente vivir en Cristo padecerán persecución. No os den temor los que pueden matar al cuerpo, mas no pueden matar al alma; temed más

bien á aquel que, después de la muerte del cuerpo, tiene poder para arrojar el alma al fuego del infierno. Por tanto vosotros, hermanos amadísimos, tan clara y piadosamente enseñados por el Espíritu Santo, acercaos á la cruz de Cristo, no forzados sino de buena voluntad, para ser compañeros de su resurrección; porque, si os haceis semejantes á Cristo en sus tormentos y muerte, lo sereis igualmente en la gloria de su resurrección.

“Instruídos aquellos fieles con estas y otras exhortaciones sacadas de las sagradas Escrituras, hallábanse prontos y dispuestos á sufrir el martirio por nuestro Señor Jesucristo y por el amor de la patria Iglesia; y el santo Obispo Narciso, pastor de aquellas ovejas de Cristo, se adelantó á todos, y antes que todos, como capitán y guía de su rebaño, ofrecióse gozoso á padecer, deseando anhelante, por mucho tiempo, ser inmolido en rescate de sus ovejas, á fin de adelantarse á recojer la palma del martirio después de obtenida la victoria en su pasión. Habiendo, pues, recibido por el nombre de Dios muchísimas injurias de los inícuos verdugos y cuando se creía ya próximo á empuñar la palma de victoria, apareciósele el Señor y le dijo:

“Sé fuerte, oh mi querido paladín; sé generoso y sufrido, y lograrás la corona que te está preparada en mi reino. No has llega-

do aún, como tú te figuras, al punto de recogerla: espera todavía un corto tiempo, hasta que esté completo el número de almas que, por la palabra de tu predicación, han de abrazar mi fé. Es necesario que vayas antes á anunciar mi palabra á otras tierras y á otras gentes; conviene que allí prediques, y luego que hayas ganado para mí á aquellos pueblos, volverás acá y en esta tu ciudad de Gerona recibirás tu digna recompensa. Hay en los países de la Rethia una ciudad llamada Augusta, que no ha escuchado aún la predicación del Evangelio y en la cual se desata furiosa la tempestad de nueva persecución. En ella reinan, por desgracia, el vicio de la lujuria y las más torpe disolución de costumbres. Cuando llegues allá, te presentarás en la casa de una famosa ramera llamada Afra, y con tu diácono Félix, invocando mi nombre, echaréis de ella al demonio que allí se esconde, y le mandarás que vaya á matar un fiero dragón en los Alpes Julios. Purificarás con tus oraciones aquel súcio lupanar y bautizarás á las malas mujeres que moran en él; y cuando lo tengas preparado todo, enfervorizarás á aquella iglesia y á aquel pueblo que habrás purificado, para que se dirija al logro del reino de la eterna vida; ordenarás por su obispo á Dionisio, y finalmente regresarás en paz á este lugar de tu habitación, para recibir tu codiciada co-

rona y poseerla eternamente entre mis santos. Marcha, pues, seguro y confiado, que yo envío delante á mi ángel para que te conduzca á aquel lugar y te guarde continuamente y, después de haber tú ganado para mí muchas almas, te acompañe de regreso á obtener aquí tu corona; y ten presente que, siendo yo tu amparo y defensa, nadie podrá arrancarte de mi mano.

“Resuelto entonces y animoso el obispo San Narciso, y acompañado de Félix (1) su diácono, emprendió el camino atravesando dilatados territorios y caudalosos rios, hasta que, guiado por el Señor, llegó á Augusta de Alemania al tiempo en que se veía oprimida aquella ciudad por la persecución de Diocleciano, en términos que eran en ella poquísimos los que se atrevían á confesar á Jesucristo.”

Suspendemos aquí la traducción del referido *Compendio*, porque las noticias que se dan en el resto del mismo son referentes á los hechos del segundo de los periodos en que hemos supuesto dividida la historia del santo Patrono de Gerona: y, para el buen orden y mayor claridad del presente bosquejo histórico, creemos más conveniente no adelantar conceptos que deberemos exponer

(1) No se confunda á este santo diácono con el santo doctor y apóstol del mismo nombre, titular de la iglesia y parroquia de San Félix de la ciudad de Gerona,

en su lugar propio y natural. Hemos querido dar á conocer los precedentes párrafos solamente para que vea el lector que en cuanto dejamos dicho acerca de San Narciso, hemos procurado conformarnos con lo que se escribió hace ya ocho siglos, circunstancia que, á nuestro entender, dá muchísimo valor y autoridad á la opinión por qué hemos demostrado marcada preferencia.

El Dr. Dorca se esfuerza en su citada obra (1) en quitar autoridad é importancia al expresado *Compendio*, cuyos son los párrafos antes trascritos, suponiéndolo compuesto en Augusta con noticias que desde aquí se mandaron á aquella ciudad alemana; pero entendemos que todo eso, que nos parece muy natural y arreglado á su especial modo de pensar en este asunto, no destruye en manera alguna el fundamento que pueda tener la opinión contraria, robustecida, como se ve, por una tradición escrita que cuenta ya ochocientos años de antigüedad.

Ya hemos dicho, y aquí lo repetimos, que no queremos dar á cuanto dejamos referido otro valor que el de conjeturas más ó menos fundadas y probables; y por ningún concepto hemos de pretender mayor grado de certeza para las apuntadas opiniones acerca de la primera misión de nuestro Santo.

(1) Cap. IV, § 3.



CAPITULO IV

Persecución de Diocleciano

En el capítulo anterior queda ya indicada la peregrinación de San Narciso hácia las provincias de Alemania sujetas al imperio de los Césares, donde, como veremos en los siguientes capítulos, desempeñó el oficio de verdadero apóstol y convirtió á la fé cristiana multitud de almas que yacían sumidas en los errores del paganismo.

Con los hechos que vamos á reseñar, acaecidos en los albores del siglo IV, entramos en el segundo período de la historia de nuestro excelso Patrono, abandonando ya el terreno de dudas y nebulosidades que hasta aquí hemos venido sorteando, para salir definitivamente á un campo más despejado y dirigir nuestros pasos por camino más trillado y seguro.

Saltaban á la sazón las primeras chispas de un violento incendio que, sin la indispensable intervención y el potente auxilio de